

Traduzione di Ester Buenfil Patròn

EN AQUELLOS DÍAS, ESOS LARGOS DÍAS: EL SILENCIO Y EL GRITO

LOS AÑOS OCULTOS

Pasó mucho tiempo y, mientras tanto, murió el rey de Egipto. Los israelitas, que gemían en la esclavitud, hicieron oír su clamor, y ese clamor llegó hasta Dios, desde el fondo de su esclavitud. Dios escuchó sus gemidos y se acordó de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob. Entonces dirigió su mirada hacia los israelitas y los tuvo en cuenta. Ex 2, 23-24

*ḥayyāmîm hārabbîm, en aquellos días, esos largos días.
El mucho tiempo, son los días, esos largos días.*

La Escritura no nos dice cuánto tiempo Moisés permaneció en el desierto, ni por cuántos años haya trabajado como pastor del rebaño: son solamente *largos días*. Según la tradición judía pasan años y años, incluso décadas, desde su fuga hasta su regreso a Egipto.

Hay un silencio de los años ocultos de los que la Torá calla. Moisés desaparece. No sabemos nada de él, de qué vive, lo que piensa. Todo está sumergido en el vacío del silencio.

Toda la construcción de su madurez humana, su desarrollo espiritual que hemos visto estallar en los versículos anteriores, se rompe y se pierde en estos largos días, largos meses, largos años, de silencio y de desierto.

No sabemos nada de cómo cambia el Moisés que escapa del Faraón al Moisés que desde la zarza ardiente es enviado a liberar a su pueblo.

Tampoco de Abraham se sabía nada antes de la llamada de Dios, pero desde el momento en el cual se empieza a hablar de él existe siempre una continuidad en la descripción de sus acciones, de los eventos de su vida. No hay *agujeros negros* en la historia del patriarca, sino más bien un período que precede al comienzo de su historia, y que no conocemos, y el tiempo que le sigue.

No es lo mismo para Moisés.

La Torá acompaña a Moisés desde su nacimiento hasta su muerte. De él se conoce la infancia y la juventud casi en los detalles más pequeños, en los gestos más simples, como los de una madre que cuida de su hijo. Y lo que sigue a la zarza ardiente continúa con esta atención hasta el final, hasta el Monte Nebo.

El silencio de la Torá en la vida de Moisés no es antes o después de la llamada como sucede con Abraham, sino que se coloca en el medio de una historia que ya ha comenzado y que ya tiende a desarrollarse.

El silencio del texto es la forma de la Palabra con la que la Torá nos habla sobre el silencio de la vida de Moisés: la no-historia aquí es la historia.

No falta ningún capítulo en la vida de Moisés, sino que se dice en plenitud a través del silencio, expresándolo con la sustancia de lo que Moisés vive en este período en el desierto y en la soledad.

En estas dos palabras, *en aquellos días, esos largos días*, el silencio que se contiene en ellas nos habla del silencio de la vida de Moisés.

Esta etapa de la vida de Moisés es tan importante como las anteriores: Moisés debe desaparecer.

Debe llegar al borde del desierto, debe sentir, de alguna manera también el límite de sus buenas intenciones, de su altruismo, de su pasión, de lo que quiere decidir.

Perderse, extinguirse. Casi retirarse en un capullo que oculta cualquier transformación.

En verdad, en verdad os digo: que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, se queda solo; pero si muere, da mucho fruto. 25 Quien ama su vida, la perderá; y quien odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna. 26 Si alguien quiere servirme, que me siga, y donde yo esté, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará.

En Jesús, este irse, este retirarse para dar espacio a una nueva acción de Dios se lleva a cabo de manera voluntaria:

Sin embargo, os digo la verdad: os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. Pero si me voy, os lo enviaré. *Jn 16,7*

Para Moisés, para nosotros, sucede en la pasividad. La vida, sin duda, parece arrebatarnos lo mejor que somos.

Y así, esta es la lógica de la poda del sarmiento que da fruto. Por diversas realidades llegamos tarde o temprano, al final, al límite de todas las cosas, al desierto, para ir más allá del desierto.

Este no es el desierto de las grandes procesiones de un pueblo que avanza hacia la libertad, hacia la revelación de Dios en la montaña, no el desierto de las grandes batallas, sino que es un *desierto sin gloria*, humilde, hecho de las voces habituales, de pequeños pasos, de repetidos gestos.

Un vasto e inmenso espacio que nos reduce, que reduce lo que creíamos ser.

Llegamos hasta el límite de nuestros sueños y esperanzas y de la fuerza de voluntad para descubrir que estos no son suficientes.

Y entonces, sólo entonces, se abre el espacio de lo sagrado, de Dios que habla. Sólo entonces la montaña viene a nuestro encuentro, como lo dice un *Midrash* judío, y podemos empezar de nuevo, podemos volver a nacer, esta vez desde lo alto, es decir, estamos listos para lo que Dios hace. Listos para comenzar de nuevo, pero no desde nuestros corazones: sino desde el suyo.

«Te aseguro que el que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios.»

4 Nicodemo le preguntó: «¿Cómo un hombre puede nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?».

5 Jesús le respondió: «Te aseguro que el que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. 6 Lo que nace de la carne es carne, lo que nace de Espíritu es espíritu. 7 No te extrañes de que te haya dicho: «tenéis que renacer de lo alto. 8 El viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu».

Jn 3,3-8

Podemos llamarlas crisis vocacionales, crisis de identidad, crisis afectivas, crisis de los cuarenta años. Sea cual sea su nombre son los lugares donde, y al interno de los cuales, aprendemos que Dios es diferente de nosotros.

Ellas nos predisponen para hacernos discípulos de amor, de esperanza, de un mayor servicio para nosotros y para nuestro corazón, capaces de superar nuestras propias fuerzas, la misma evidencia.

Aquí termina Moisés y aquí empieza Dios. Más allá del desierto.

Días que se hacen esperar, días que abren espacios para que él escuche el clamor de todos.

Tenemos que soportar el escándalo de *esos largos días* de silencio y de gritos. Un silencio de las acciones que son sólo nuestras y que necesitan entrar en el espacio sagrado de Dios.

Largos días cuando aprendemos el tiempo de Dios, la forma de su amor por los seres humanos, donde aprendemos lo que su corazón aprende de los seres humanos.

Y es un aprendizaje en la compasión, un aprendizaje que se convierte en memoria de lo pequeño, que nos convierte en siervos, que nos hace uno con el grito que se eleva a Dios.

EL GRITO

Los israelitas gemían, levantaban gritos de lamentación y, su grito subió a Dios. Dios escuchó su lamentación.

Cuatro palabras diferentes para expresar el grito.

Verbos o sustantivos unidos por una forma hebrea gramatical (el *waw* consecutivo con el imperfecto) que indica una acción ya terminada en un momento preciso en el pasado: un momento preciso y no sólo un indicio de que algo sucede y que es difícil de alcanzar. Hay un evento, una situación específica e identificada en la historia, rostros, voces, personas, tiempos y lugares precisos que gritan.

El primer *grito* es el verbo *'ānaḥ*: *los israelitas gemían*.

Se repite 12 veces en la Escritura y tiene en su raíz significados relacionados con la experiencia de la espera, del tiempo de privación que nos lleva a mendigar por la plenitud de los tiempos, por el cumplimiento de las promesas.

Tiene al interno la dolorosa y escandalizada pregunta del *¿hasta cuándo?* Es el suspiro de los oprimidos por los impíos¹. El lamento de los corazones durante el tiempo en que la vida languidece y el mosto es insípido². El lamento del ganado que ya no pasta³. El gemido de los dolores del parto⁴.

En el libro de las Lamentaciones es el nuevo nombre de los habitantes de Sión, los *ne'ēnāḥîm m'ēbaqq'sîm leḥem*, *los que gimen, buscadores de pan*⁵: en medio de la devastación el gemido de los sacerdotes⁶, el clamor de Jerusalén⁷.

Es el lamento del profeta Ezequiel en la destrucción de Jerusalén⁸, y las lágrimas de los que lloran por el mal que ahí se ha cumplido, los que serán marcados con la tau, signo de salvación⁹.

El segundo grito es el verbo *zā'aq*, el clamor de los necesitados que *llorando* suplican ayuda, el grito que se hace con lágrimas¹⁰.

¹ Pr 29, 2

² Is 24, 7.

³ Jo 1, 18.

⁴ Jer 22, 23.

⁵ Lam 1, 11.

⁶ Lam 1, 4.

⁷ Lam 1, 8.21.

⁸ Ez 21, 11-12.

⁹ Ez 9, 4.

¹⁰ Is 30, 19.

Se utiliza muchas veces en una frase técnica *los israelitas levantaron su clamor al Señor* que luego plantea para ellos un libertador como Otoniel, hijo de Cenaz, hermano menor de Caleb¹¹, o Ehud, hijo de Gera, de la tribu de Benjamín¹², o un profeta y luego Gedeón¹³.

Es el llanto de la angustia¹⁴, las lágrimas de los que están bajo los excesos de la opresión¹⁵, el llanto que pide el perdón de los pecados¹⁶, el grito de Samuel que intercede en favor de su pueblo¹⁷, el llanto de David por la muerte de su hijo Absalón¹⁸.

Es la voz del orante de los salmos que grita al Señor.

*Invocaré al Señor con toda mi voz, con toda mi voz, suplicaré al Señor;
expondré mi lamentación ante él, expresaré mi angustia en su presencia.*

Ya se me acaba el aliento, pero tú conoces mi camino. Sal 142, 2-3

Y lo confiesa como su refugio, su destino, su único bien:

*Por eso clamo a ti, Señor, y te digo: «Tú eres mi refugio,
mi herencia en la tierra de los vivientes». Sal 142, 6*

La versión de los LXX traduce este verbo griego con *avnaboa,w* utilizado sólo una vez en todo el Nuevo Testamento, en un grito que resume las lágrimas del mundo:

Alrededor de las tres, Jesús gritó a gran voz: *Elí, Elí, ¿lema sabactaní?*, que significa:
¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? *Mt 27, 46*

El tercer grito se expresa mediante el sustantivo *šaw'âh*, un sustantivo que indica la imploración de ayuda, hecha con clamor, *el grito de auxilio* proveniente de un estado de miseria. Está estrechamente vinculado a la raíz del verbo *yāša'*, *salvar*, con la que se forma el nombre de Jesús: *yēšūa'*.

Es el grito de los que imploran: *¡Sálvame!* Está presente 11 veces, en textos que son casi todos oraciones:

*En la angustia he invocado al Señor, en la angustia he gritado a mi Dios: desde su templo escuchó mi voz, llegó mi grito hasta sus oídos*¹⁹.

*Señor, escucha mi oración, dirige tu oído hacia mí, no seas sordo a mis lágrimas, porque ante ti soy un extranjero, huésped como todos mis padres*²⁰.

*He esperado, he esperado en el Señor, y sobre de mí se ha inclinado, ha escuchado mi grito*²¹. *Señor escucha mi oración, llegue a ti mi grito de auxilio*²². *He invocado tu nombre, Señor, desde la fosa profunda.*

*Tú has escuchado mi grito: “No cierres tus oídos a mi lamento”*²³.

*Los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos al clamor de auxilio*²⁴.

*Cumplirá el deseo de los que le temen, escucha su clamor y los salva*²⁵.

¹¹ Jue 3, 9.

¹² Jue 3, 15.

¹³ Jue 6, 6-8.34.

¹⁴ Sal 22, 6; *En su angustia, gritaron al Señor*: 107, 13.19.

¹⁵ Job 35, 9.

¹⁶ Jue 10, 10; 1Sam 12, 10.

¹⁷ 1Sam 7, 9.

¹⁸ 2Sam 19, 5.

¹⁹ Sal 18, 7; cfr. 2Sam 22, 7.

²⁰ Sal 39, 13.

²¹ Sal 40, 2.

²² Sal 102, 2.

²³ Lam 3, 55-56.

²⁴ Sal 34, 16.

²⁵ Sal 145, 19.

El cuarto grito es el gemido de oración, *ne'āqâh*, presente sólo 4 veces en toda la Escritura. La versión de los LXX traduce con *stenagmo,j*, un término que en el Nuevo Testamento encontramos sólo dos veces, en el discurso de Esteban en Hechos 7, 34, una cita indirecta de Ex 2, 24, y especialmente en Romanos 8,26, los *gemidos inefables* del Espíritu:

Igualmente, el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu y sabe que su intercesión en favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina.
Rom 8, 26-27

El Espíritu grita.

Al principio de todas las cosas está el grito del Espíritu, que gime con gemidos inenarrables, gime invocando al Padre, gime y sufre para que todo ser vivo exista como hijo.

La tierra era algo informe y vacío, las tinieblas cubrían el abismo, y el soplo de Dios se cernía sobre las aguas.
Gen 1, 2

En el libro del Génesis la presencia del Espíritu en el caos es una presencia de esperanza, porque sabemos que en cada expresión de la nada hay un clamor que se eleva continuamente a Dios, un deseo que le espera, un amor que reconoce el camino para la vida de todas las cosas:

Al comienzo de cada experiencia de salvación divina siempre hay un grito que viene de las profundidades de las criaturas: es el grito del pueblo de Israel atormentado en la tierra de Egipto. Es el grito de muerte de Cristo abandonado sobre la cruz por los romanos, y es un clamor que se eleva desde el fondo de nuestra miseria y que Dios escucha; conduce a su pueblo de la esclavitud a la libertad en la tierra prometida; y su Cristo, de la muerte a la vida del mundo futuro. Hoy, desde el mundo destruido en esta nuestra tierra se eleva a Dios el gemido de las criaturas que quieren vivir y en cambio se ven obligadas a morir: la creación entera gime y sufre hasta hoy en los dolores de parto (Romanos 8, 22). Sufre por el poder del tiempo que la aplasta, muere sufriendo la violencia de la muerte y procede hacia la presencia del Dios eterno, en el cual puede vivir y quedarse.

Hoy desde el mundo destruido en esta nuestra tierra, está aumentando la expectativa, la invocación dirigida a un Dios capaz de liberar y de infundir nueva vida. En este grito la creación amenazada ya se abre a la venida del Espíritu de Dios. Toda esta tierra irredenta está envuelta en el dolor, pero al mismo tiempo también por la expectativa. Así, en estos gemidos y gritos, dirigidos a la fuerza divina que nos puede salvar, ya sentimos la cercanía del Espíritu que intercede con insistencia por nosotros con gemidos indecibles (Rom 8,26)²⁶.

Gritarle a Dios en todas las formas posibles. Gritar en el grito de Dios.

Y donde quiera que haya un hombre que llora, que gima, hay un camino que se inicia porque Dios escucha. Y el camino empieza porque uno es capaz de gritar.

El grito de la madre acompaña la vida que nace, el grito de los niños resuena en el venir a la vida, y en el grito del hombre, de los pueblos, descubrimos una vez más, y siempre, la voz del Espíritu que espera a la nueva creación, y en el grito, ese último, que inaugura el regreso de los hijos a casa:

Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

Mc 15,37

²⁶ J. Moltmann

Jesús, clamando a gran voz, dijo:

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Dicho esto, expiró.

Lc 23,46

Pero Jesús gritó otra vez a gran voz y entregó el espíritu.

Mt 27,50

Aquí, en el texto del Éxodo la misma situación llora. La opresión, la reducción de la persona en fuerza de trabajo, la reducción de un ser humano a propiedad de otro ser humano y de sí mismo, sin necesidad de alguien que rece por él, que llora delante de Dios.

Existen otros textos en las Escrituras en donde entramos en contacto con esta forma de pensar, por ejemplo, en el asesinato del primer hombre:

¿Qué has hecho?

¡La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra! Gen 4,10

Y de nuevo en el mismo libro de Éxodo, en el ámbito del código de la Alianza, un texto repositario de una forma alternativa de pensar, denunciando cualquier tipo de usura, ya sea legal o ilegal, los sistemas económicos, de deudas, de cuentas por cobrar, de interés, que producen pobreza y violencia, injusticia y explotación.

No maltratarás a la viuda o al huérfano. 22 Si los maltratas, cuando ellos clamarán mi ayuda, yo escucharé su clamor, 23 mi ira se encenderá y os haré morir de espada; vuestras mujeres serán viudas y vuestros hijos huérfanos. Si tú prestas dinero a uno de mi pueblo, al pobre que está contigo, no te comportarás con él como un usurero, no le impondrás ningún interés.

25 Si tomas prestado el manto de tu prójimo, se lo devolverás antes de la puesta del sol, 26 porque es su única cubierta, es su vestido para cubrir su piel; ¿cómo podría cubrirse al dormir? De lo contrario, cuando clamará mi ayuda, yo le oiré, porque soy misericordioso.

Ex 22, 21-27

Incluso en el Nuevo Testamento encontramos los mismos acentos y el mismo principio, la misma revelación de un Dios que no permanece indiferente ante la injusticia: la situación de opresión, como tal, cualquier abuso contra el ser humano, llora ante Dios.

He aquí, el jornal de los obreros que han cosechado en vuestras tierras, y que no habéis pagado, gritan, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor Todopoderoso.

Sant 5, 4

Aplicaciones y consecuencias de textos como estos son enormes y hacen del creyente alguien que no puede permanecer en silencio frente a las situaciones de opresión del ser humano hacia el ser humano.

LA ALIANZA

Dios escuchó sus gemidos, y Dios se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Dios vio la condición de los hijos de Israel, Dios se preocupó por ella.

Ex 2, 24

Vemos que en estos pocos versículos, que son de transición, un texto de enlace entre una introducción y el comienzo de la primera parte del libro del Éxodo, se encuentra una reflexión sapiencial extraordinaria condensada sobre toda la historia de la salvación.

Aquí, en estos dos versículos irrumpe en la escena la decisión de Dios para intervenir. Se revela aquí como el Dios de los oprimidos, el defensor de los derechos del pueblo pisoteado, el juez de los opresores, el vengador de los afligidos, un Dios que escucha, recuerda, ve, sabe.

Cuatro verbos que responden a cuatro gritos: se repetirán de nuevo en la voz de la zarza ardiente. Dos veces más se dirá que *Dios escucha el clamor*, en Ex 3,7.9, dos veces en los mismos versículos *Dios ve la opresión* de su pueblo, y otra vez, en el versículo 7, *conoce* sus angustias.

Y además: *Dios recuerda*.

Dios recuerda su pacto con Abraham, Isaac y Jacob, *wayyizkōr 'ēlōhîm 'eth-b'ērîtô 'eth-'abhrāhām 'eth-yishāq w' 'eth-ya 'āqōb*.

La misma expresión se encuentra en cuatro textos del AT, en contextos similares.

El recuerdo de Dios revela su compasión por las personas en peligro de muerte, o lo experimenta como esterilidad y esclavitud e introduce la acción salvífica de Dios.

Dios se acordó de Noé, *wayyizkōr 'ēlōhîm 'eth-nōāh* y esto pone fin al diluvio y el arca encuentra de nuevo un refugio seguro en la tierra.

En Génesis 19,29, donde se habla de la salvación de un solo individuo, Lot, de la destrucción de Sodoma y de las otras ciudades, porque Dios se acordó de Abraham, *wayyizkōr 'ēlōhîm 'eth-'abhrāhām*.

En Génesis 30,22 Dios se acuerda de Raquel, *wayyizkōr 'ēlōhîm 'eth-rāhēl*, y responde a su oración dando fin a su esterilidad y haciéndola fecunda de José.

Por lo tanto, *baja* para hacer subir a su pueblo. Ahora es el tiempo del Éxodo de Dios.

PARA LA ORACIÓN

1) Entrar en este texto significa hacerse súplica, grito, imploración.

Entonces te invito a ver el libro de los Salmos para localizar versículos, y los textos, con los cuales podemos implorarlo a Dios.

También puedes hacer, como Francisco de Asís, una *recopilación* de textos de salmos, una oración para que sea tuya, que corresponda a tu sensibilidad.

Propongo uno de los salmos del Oficio de la Pasión de Francisco, el Salmo III, como un ejemplo. Observa cómo Francisco se dirige a Dios: algunos estudiosos han señalado que en este oficio él hace suya la voz de Cristo:

1 Ten piedad de mí, oh Dios, ten misericordia de mí, porque mi alma confía en ti (Sal 56, 2).

2 Me pondré lleno de esperanza bajo la sombra de tus alas hasta que pase la turbulencia de la iniquidad (Sal 56, 2).

3 Imploraré ante mi padre santísimo, el altísimo Señor que ha sido bueno conmigo (Sal 56, 3).

4 Desde el cielo envió mi libertador, y ha echado en la confusión a los que me pisoteaban (Sal 56, 4).

5 El Señor ha enviado su misericordia y su verdad (Sal 56, 4-5); alejó mi vida de mis enemigos, que eran muy fuertes, y de los muchos que me odiaban, porque se habían vuelto fuertes contra mí (Sal 17,18).

6 Han tendido una trampa para mis pies y han doblegado mi vida (Sal 56,7).

7 Han cavado una fosa delante de mí, pero ellos se cayeron ahí (Sal 56,7). 8 Mi corazón está dispuesto, oh Dios; mi corazón está listo: quiero cantar y entonar un salmo (Sal 56,8).

9 ¡Despierta, gloria mía; despierta, salterio y arpa!; Me levantaré al amanecer (Sal 56,9).

10 Te alabaré entre los pueblos, oh Señor, voy a cantar un salmo para ti entre las naciones (Sal 56,10).

11 Porque se elevó hasta los cielos la fama de tu misericordia, hasta las nubes la voz de tu verdad (Sal 56,11).

12 ¡Que te exalten sobre los cielos, oh Dios, y sobre toda la tierra tu gloria! (Sal 56,12).

2) El segundo camino que podéis hacer es una reflexión sobre el segundo capítulo de la *Evangelii Gaudium* del Papa Francisco, especialmente los números 186-196.

Todo cristiano y toda comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y la promoción de los pobres, para que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar al clamor de los pobres y ayudarlos. Basta recorrer las Escrituras para descubrir cómo el Padre Bueno quiere escuchar el grito de los pobres, "He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus opresores y conozco sus sufrimientos. Bajé para liberarlo... Así que ¡ve! Yo te envío" (Ex 3,7-8.10), y se muestra atento a sus necesidades: "Entonces [los israelitas] clamaron al Señor, y él hizo surgir para ellos un salvador" (Jue 3,15). Permanecer sordos a ese grito, cuando somos los instrumentos de Dios para escuchar a los pobres, nos pone fuera de la voluntad del Padre y de su proyecto, ya que ese pobre "gritaría al Señor contra ti y un pecado caería sobre ti" (Deut 15,9). Y la falta de solidaridad hacia sus necesidades afecta directamente en nuestra relación con Dios: "Si él te maldice en la amargura del corazón, su creador escuchará su oración" (Sir 4,6)...